



# **EL DOCUMENTO SALDAÑA**

**© Pedro de Paz, 2008**



A Marina, Jennifer y Carla.  
Tres bellezas de bandera.

---

© Pedro de Paz, 2008 — 2010

Todos los derechos tanto de los textos aquí contenidos como de la presente edición electrónica corresponden a Pedro de Paz. Se permite la libre distribución y difusión de este fichero electrónico siempre y cuando:

- a) se distribuya sin alterar su contenido original y b) se cite la fuente y la autoría del mismo.



# EL DOCUMENTO SALDAÑA

**Pedro de Paz**

«...*Just a backstreet gambler with the luck to lose...*»

It's hard to be a saint in the city - Bruce Springsteen

En el suelo de aquel sucio y oscuro callejón, Sara Bianchi sintió cómo la vida se le escapaba a borbotones por cada una de sus heridas mientras la sangre, roja y espesa, fluía al compás de los latidos de su corazón. A pesar de los titánicos esfuerzos empleados en tratar de pedir ayuda, fue incapaz de articular el más mínimo sonido, de mover un solo músculo. Caída sobre el asfalto, con un rictus de anodina sorpresa dibujado en su rostro salpicado por la mugre y el barro, su aspecto se asemejaba al de una muñeca sucia, rota y desmadejada que algún niño, cansado ya de jugar con ella, hubiese decidido abandonar.

Sara regresaba a su domicilio tras una agotadora jornada laboral. Para llegar hasta su casa debía atravesar una serie de callejuelas estrechas y poco concurridas. Ella sabía que aquella no era la vía más recomendable pero sí la más rápida ya que ese trayecto le evitaba dar un rodeo de varias manzanas. A cada ocasión en que la necesidad la obligaba a transitar por aquellos solitarios parajes a altas horas de la noche, no podía evitar que un cierto desasosiego se

adueñase de ella, lo que siempre la empujaba a acelerar el paso mirando hacia todos lados con escrupuloso recelo. No obstante, nunca había sufrido el más mínimo percance.

Hasta esa madrugada.

Su atacante se había acercado hasta ella con absoluto sigilo y para cuando sus sentidos quisieron alertarle de la comprometida situación ya fue demasiado tarde. Advirtió cómo, desde atrás, un robusto brazo se ceñía alrededor de su cuello mientras una mano grande y poderosa cubría su boca. Inmovilizada y sin posibilidad de defensa, aquel desconocido la arrastró hasta un callejón cercano. Tras comprobar que el lugar se encontraba desierto y a salvo de miradas indiscretas, su atacante se situó frente a ella mientras extraía un largo y afilado estilete que, con un preciso movimiento, apoyó en la base de su cuello. Una exacerbada sensación de pánico la dejó petrificada. Ni tan siquiera acertó a estremecerse cuando el desconocido le rasgó de una brusca sacudida la parte delantera de su lujosa indumentaria haciendo que los botones de la blusa saltaran y se esparcieran en todas direcciones con un tintineo reverberante. Su torso y su vientre quedaron al descubierto. Sara respiraba de forma entrecortada, incapaz de apartar la mirada del brillante y lúgubre filo de la daga que esgrimía su asaltante. Aquel hombre la observaba en completo silencio, con una feroz sonrisa asomando por la comisura de los labios. Sara trató de gritar pero de su boca no brotó sonido alguno.

El miedo la había dejado completamente paralizada.

Ejerciendo un pausado giro descendente, el individuo deslizó la hoja del estilete, apartándola de su cuello y zigzagueándola con delicadeza a través de su temblorosa piel. La hoja cruzó sobre sus pechos y se detuvo en la zona en la que estos se separaban. Con un suave y delicado movimiento, el desconocido introdujo el filo del cuchillo bajo el centro del sujetador y dando un enérgico tirón, cortó de un solo tajo el fino trozo de encaje que servía de unión a las copas. Los profusos pechos de Sara quedaron al descubierto con un suave vaivén oscilante.

De forma instintiva, presa de una comprensible sensación de pudor, trató de cubrir sus senos desnudos cruzando los brazos sobre el pecho con gesto pueril. Su cuerpo temblaba compulsivamente, más por la sensación de incertidumbre que por el rubor que pudiese producirle su propia desnudez. Y cuando, creyendo entrever las sórdidas intenciones de su asaltante, había aceptado ya la fatalidad de verse ultrajada en aquel solitario callejón, Sara pudo comprobar con perplejidad cómo aquel individuo se limitaba a observarla, caminando en torno a ella como lo haría un lobo alrededor de su presa. Tras dar tres o cuatro vueltas en las que se dedicó a estudiarla con insano deleite, su atacante se situó a su espalda y acercó el rostro a su cuello. Un leve escalofrío recorrió su espalda y el vello se le erizó al sentir el contacto del aliento de aquel hombre sobre su piel. El desconocido deslizó la lengua de forma lasciva por su nuca suscitando en ella un profundo estremecimiento, producto de una repulsiva mezcla de vergüenza y asco. El hombre, consciente del poder que era capaz de ejercer sobre su

presa, emitió una mordaz risotada y se situó de nuevo frente a ella aproximándose hasta que los rostros de ambos apenas quedaron separados por escasos centímetros. Sara pudo incluso percibir el penetrante olor a colonia barata que su atacante desprendía. Sus ojos se encontraron y Sara pudo leer en los de aquel individuo miles de siniestras promesas. Determinación. Crueldad. Placer. Y durante una décima de segundo, un brillo perverso, maligno.

—*Do svidania...* —susurró el desconocido entre dientes.

Y en ese mismo instante Sara sintió cómo el afilado estilete de acero se hundía en su vientre, quemándole las entrañas. Quiso gritar con todas sus fuerzas pero su voz se ahogó en un estertor ronco y apagado. Enloquecido, aquel hombre se ensañó con ella, acuchillándola en el vientre, en el pecho, en los brazos, en cualquier lugar donde su incontenible furia acertase a encontrar un hueco, sembrando el cuerpo de Sara de puñaladas. Las primeras le provocaron intensas punzadas de dolor pero, tras perder la cuenta, Sara sintió cómo, a cada golpe, la sensación iba diluyéndose más y más hasta que dejó de percibirla. Sus fuerzas flaquearon. Con gesto vacilante, sus rodillas se doblaron, clavándose en el mugriento suelo. En ese instante, con su víctima vencida ante él, la furia de aquel hombre pareció aplacarse como por ensalmo. Tras limpiar el estilete en la desgajada blusa de Sara, le arrebató el portafolios de piel que ella llevaba encima y dando media vuelta, se encaminó hacia la salida del callejón.

Arrodillada, vencida y sin el vigor suficiente para sostenerse por más tiempo, Sara cayó de bruces al suelo. Las fuerzas terminaron por abandonarla por completo. Sintió un regusto espeso ascendiendo por su garganta y trató de gritar pidiendo socorro pero de su boca tan sólo surgió un borboteo sanguinolento. Boqueaba con movimientos espasmódicos como lo haría un pez fuera del agua. Sus jadeos fueron haciéndose poco a poco más breves y profundos. Sara comprendió con horror que se estaba ahogando en su propia sangre. Sorprendida, cayó en la cuenta de que ni tan siquiera sentía dolor, tan sólo un frío glacial. Advirtió cómo el pulso que martilleaba sus sienes iba espaciándose a cada golpe. Lentamente, todo a su alrededor fue apagándose. Sus ojos comenzaron a nublarse y la visión de aquel sucio callejón se fue haciendo cada vez más desvaída, como la de una imagen desenfocada por una lente mal calibrada. Finalmente, con el último suspiro, se hizo la oscuridad completa y su mente se sumió en el vacío, en la nada.

Sara Bianchi estaba muerta.



Miguel Cortés conducía su vehículo a poco más del ralentí tratando de localizar entre las avenidas de aquel polígono industrial la fachada del edificio que albergase en su interior el restaurante acordado para la cita. Un tórrido sol de verano caía a plomo sobre el oscuro asfalto de la periferia madrileña, haciendo que éste se evaporase en una transparente e incendiaria neblina. Cortés comenzaba a impacientarse. Llevaba más de media hora vagando por aquellas solitarias calles sin encontrar el lugar que buscaba. La impuntualidad era una descortesía que le molestaba particularmente, tanto el hecho de sufrirla como el de cometerla.

Tras girar en una rotonda, Cortés emitió un gruñido de satisfacción al vislumbrar en la esquina de uno de los edificios el rótulo de *El Alambique*. Consultó su reloj y comprobó con alivio que, a pesar del tiempo perdido, llegaba con dos minutos de adelanto sobre la hora prevista. Estacionó su vehículo en la puerta del restaurante y se dirigió hacia la entrada al tiempo que sus manos realizaban el mecánico gesto de ajustarse el nudo de la corbata. A pesar del intenso calor, la imagen era la imagen.

Esa misma mañana, Cortés había recibido una curiosa llamada. En ella, un hombre que se identificó como Luis Araujo, abogado, le indicó que deseaba concertar una entrevista para hablar de negocios. Durante la breve conversación que mantuvo con el tal Araujo, éste tan sólo le

había adelantado que albergaba un verdadero interés en contratar sus servicios sin aportar más detalles al respecto. Y allí estaba Cortés, a la hora y en el lugar convenido.

Cortés era un tipo peculiar. Dotado de un porte agradecido y de una considerable inteligencia —su coeficiente intelectual estaba situado varios puntos por encima de la media—, la providencia nunca había tenido a bien premiar ninguno de sus dones. De naturaleza solitaria y taciturna, su infancia había transcurrido en un barrio marginal que dormitaba a la sombra de la gran urbe que era Madrid, donde la ley de la calle era siempre la primera norma a aprender. Durante su juventud no le quedó otro remedio que abrirse paso a través de un entorno eminentemente hostil, siempre con desigual fortuna. Durante toda su vida, el Destino, más que sonreírle, se había estado riendo de él en su cara, pero Cortés, pragmático por naturaleza, trataba de sobrellevarlo de la forma más estoica posible.

Desde que tenía memoria, el máximo galardón del que había podido hacer gala era llevar toda su vida ejerciendo de «*ex*». Ex ratero, ex perista, ex legionario, ex marido, ex portero de discoteca, ex *segurata* en una casa de citas de alto *standing*, ex guardaespaldas... La lista era extensa y aún lo hubiese sido más de no ser porque, un día, Cortés se cansó de dar tumbos de un lado para otro, navegando siempre por aguas turbulentas sin arribar en ningún puerto y decidió amarrar en playas más tranquilas. Trató de labrarse un futuro respetable y durante un tiempo, con la ayuda de Gloria, su mujer —que era quien pagaba las facturas— quiso dar un

drástico giro a su vida y ganarse el pan de la forma más honesta posible.

Tras unos meses de penurias económicas que les terminaron conduciendo a una situación insostenible, Gloria no pudo aguantar más y le dijo que se marchaba. Aquello hundió moralmente a Cortés. Había intentado salirse de aquella senda que parecía esculpida en piedra y se había estrellado en el intento por lo que, después de que Gloria lo abandonase, se dejó llevar a merced de la corriente. «*Si naces para martillo, del cielo te caen los clavos*», había oído decir a su padre en alguna de las escasas ocasiones en las que el alcohol le dejaba articular palabra. Sin muchas alternativas entre las que escoger, Cortés volvió a dedicarse a aquello que mejor sabía hacer pero, en esta ocasión, estableciéndose por cuenta propia. Y desde hacía unos tres años ocupaba su tiempo ganándose la vida en el desempeño de un curioso oficio que él solía denominar de forma eufemística *persuasor*.

Por un módico precio, Cortés se encargaba de exhortar de lo que fuese menester a todo aquel que necesitase ser convencido: al deudor contumaz para que procediese a abonar sus deudas; al amante inoportuno para que olvidase el objeto de sus pasiones; al vendedor indeciso para que reconsiderase alguna oferta o al individuo molesto para que dejase de serlo. Su negocio consistía básicamente en doblegar voluntades bajo cualquier circunstancia, recurriendo a formulas expeditivas en caso de ser preciso. Y era bueno en ello, uno de los mejores. En su trabajo le tocaba

lidiar la mayoría de las veces con la flor y nata de la escoria de Madrid pero, sin ser una maravilla de ocupación, a Cortés no le iba mal del todo. En estos tiempos en los que la gente no duda en vivir por encima de sus posibilidades, la gestión de cobros atrasados estaba a la orden de día y resultaba ser éste el aspecto más solicitado y lucrativo de su negocio. Ciertamente era que, en determinadas ocasiones, su trabajo le planteaba algunos dilemas de carácter moral, como en el caso de aquel hombre que, acuciado por las deudas y sin posibilidad real de efectuar el pago, terminó suicidándose tras una de sus visitas. En otras ocasiones, más de las deseables, también corría sus riesgos, y si no que se lo preguntasen a las dos cicatrices que conservaba de forma indeleble en su cuerpo; pero haciendo balance, unas cosas por otras, el resultado de su labor le resultaba altamente productivo.

Según su opinión particular, aquel negocio tampoco estaba al alcance de cualquiera. Para dedicarse a él, había que *dar la talla*. Ya no se trataba sólo de encontrarse en una forma física envidiable, aspecto que avalaban sus abdominales de gimnasio, sus bíceps de bestia parda y su anguloso rostro que parecía perfilado en granito. A la postre, eso terminaba resultando meramente accesorio. Lo importante era saber desenvolverse con soltura, hallarse en todo momento en situación de manejar y dominar de forma inteligente, fría y distante cualquier escenario en el que uno se encontrase. No existía mérito alguno en partírlas las piernas a alguien, para llevar a cabo esa tarea servía cualquier gilipollas. El reto consistía en hacerle entender al susodicho de forma meridianamente clara y sin llegar a ponerle una

mano encima que estabas dispuesto a partírselas sin el menor asomo de duda. Cortés sabía que el dolor ofusca las mentes y hace que el que lo sufre no sea capaz de razonar con claridad lo que provoca el entorpecimiento de cualquier clase de entendimiento o negociación. Por contra, había aprendido que el miedo al sufrimiento atroz solía actuar como elemento disuasorio de una forma mucho más efectiva que el propio dolor físico. Y llegar a conseguir esos objetivos requería otra clase de habilidades: psicología, astucia, determinación, fiereza gestual. Aunque resultase extraño, a Cortés le enorgullecía llevar a cabo su trabajo de una forma más intelectual que física. Un duelo de ánimos en el que, por norma general, siempre solía erigirse en vencedor. Y en última instancia, siempre quedaba el recurso de enseñarle al referido un muestrario de hostias, una resolutive y concluyente alternativa a la que sus mencionadas aptitudes físicas le permitían acogerse sin el menor contratiempo.

Cortés atravesó el umbral de aquel restaurante agradeciendo para sus adentros la reparadora bocanada de aire acondicionado que recibió en pleno rostro. El lugar se encontraba decorado en piedra, ladrillo de adobe y madera envejecida, a la usanza de un antiguo mesón castellano. Completaba su ambientación con algunos útiles rústicos —un arado, hoces, horcas y bieldos de madera— que colgaban de las paredes y que dotaban al emplazamiento de un rebuscado bucolismo. Cortés se acercó a un camarero que, por su aspecto, parecía ejercer la función de *maître*.

—Buenas tardes, tengo una cita con el señor Araujo.

Aquel hombre consultó con parsimonia una agenda dispuesta sobre un atril de madera.

—Acompáñeme, por favor.

El *maitre* se encaminó hacia el comedor por un pasillo que quedaba a la izquierda de la barra y Cortés lo siguió. Al llegar a la zona de mesas, su guía le señaló una de ellas ubicada al fondo de la sala.

—Gracias —indicó Cortés.

En la mesa se encontraba sentado un hombre de edad madura, rondando la cincuentena, vestido con un elegante traje de impecable corte. En su rostro, artificialmente tenso —debido a más de un *lifting*, calculó Cortés—, refulgía un moreno inusualmente uniforme propio de sesiones de rayos ultravioleta. Peinaba sus cabellos hacia atrás, fijándolos y lustrándolos con abundante gomina al tiempo que dejaba que unos rizados caracolillos revoloteasen a la altura de su nuca. Su aspecto era el del prototipo de triunfador encantado de haberse conocido. En esos instantes se dirigía al camarero con ademanes cargados de afectación.

—... y para beber traiga un *Yllera*, del 98 a ser posible, y una botella de agua mineral.

Cortés se acercó hasta la mesa. Sus pequeños ojos grises se clavaron como agujones en aquel artificioso individuo mientras lo estudiaba sin pestañear. Aquel hombre le

sostuvo la mirada. Durante unos segundos ambos mantuvieron una escrutadora pugna. Finalmente y sin dejar de mirarle a los ojos, Cortés le preguntó.

—¿Araujo?

Aquel individuo asintió mientras sonreía con un aire cínico que desagradó profundamente a Cortés. En los documentales de televisión había visto a chacales sonreír con gesto más sincero.

—Efectivamente. Usted debe ser el señor Cortés, ¿no? Siéntese, por favor. Me he tomado la libertad de pedir dos menús de degustación. Espero que la elección sea de su agrado.

—¿El señor tomará carne o pescado como plato principal? —intervino el camarero.

—Carne. Poco hecha, por favor —respondió Cortés.

El camarero se retiró tras tomar la comanda dejando a los dos hombres a solas. En contra de las más elementales normas de cortesía, Cortés se desprendió de su chaqueta y tras colgarla en un perchero próximo a la mesa, tomó asiento. Durante unos breves instantes se produjo un breve e incómodo silencio que finalmente terminó por romper Araujo.

—Me han hablado mucho y muy bien de usted, Cortés. Su reputación le precede.

—Me alegre. La reputación siempre es buena para el negocio. ¿Quién dijo que le había dado mi nombre? —preguntó mientras desdoblaba la servilleta y la apoyaba sobre sus rodillas.

Araujo sonrió con el mismo gesto sarcástico con el que le había recibido momentos antes.

—Un conocido me habló de usted. Al parecer quedó muy satisfecho con un trabajo que le encargó. El cobro de cierta deuda *enquistada*. Según él, usted lo solventó a las mil maravillas y en un tiempo record.

—Me gusta hacer bien mi trabajo —indicó Cortés no muy convencido con la evasiva respuesta.

El camarero llegó hasta la mesa con la botella de vino solicitada. Tras abrirla, sirvió en primer lugar la copa del abogado. Éste paladeó el vino con gesto ceremonial y aprobó la cata con una leve inclinación de cabeza. El camarero terminó de servir las dos copas, depositó la botella sobre la mesa y se retiró a un extremo del salón.

—¿Qué es lo que necesita de mí exactamente? —le preguntó Cortés a bocajarro en cuanto el camarero se hubo alejado. Además de en gestos, Cortés era un hombre parco en palabras y normalmente gustaba de ir al grano, sobre todo en lo que a cuestiones de negocios se refería.

—Todo a su tiempo, Cortés. Todo a su tiempo —respondió Araujo con afectación, exhibiendo esa sonrisa

que tanto desagradaba al referido—. Degustemos primero el menú. Le recomiendo fervientemente la cocina de este local, es maravillosa. Si no le importa, hablemos un poco de usted. Según tengo entendido, su especialidad consiste en persuadir a los demás, ¿no es así?

—Es una manera de decirlo —replicó Cortés sin demasiado entusiasmo.

—Y por las referencias que tengo de usted, suele ser muy eficaz y convincente en su trabajo —afirmó el abogado con suficiencia.

—Por eso estamos ambos aquí, ¿no? —afirmó Cortés dispuesto a atajar los prolegómenos.

Sin tener conciencia exacta del motivo, Araujo le desagradaba. Cortés observó al abogado con esa mirada glacial que le caracterizaba y que solía exhibir con el fin de poner los pelos de punta a aquellos que tenían la desgracia de recibir una de sus visitas profesionales. Por una décima de segundo, Araujo perdió aquella sonrisa que parecía esculpida en su cara pero volvió a recuperarla al momento. Cortés percibió por el gesto que el abogado parecía tener muchas tablas.

—Mire —añadió Cortés—, no quiero parecer desagradable pero si quisiera un coro de palmeros, hay otros muchos lugares a los podría dirigirme. No he venido hasta aquí para que me alaben ni para que me doren la píldora. Esto es un negocio. Usted pide, yo evalúo las posibilidades, llevo a

cabo el trabajo y usted paga. Y no hay más. Es así de simple.

—No he pretendido incomodarlo, señor Cortés; todo lo contrario.

En ese instante el camarero se aproximó hasta la mesa portando dos tazas de crema de carabineros. Las depositó sobre los platos con gesto servicial y volvió a retirarse.

—En realidad, estoy aquí en representación de los intereses de otra persona —indicó Araujo tras sorber una cucharada de crema—. Un cliente de mi bufete. Mi mejor cliente, para ser exactos. Esa persona desea que lleve usted a cabo un trabajo... un poco peculiar. Quizá se salga un poco de sus cometidos habituales.

Cortés tomó la copa de vino y tras beber un sorbo la depositó de nuevo sobre la mesa con parsimonia.

—¿De qué se trata?

—Permítame antes una pregunta. ¿A cuánto suelen ascender sus honorarios? ¿Cobra usted por días? ¿Por semanas?

—No, no cobro por días. Si a mí me cuesta más o menos tiempo persuadir a la persona en cuestión, ese es un problema de mi estricta competencia, algo que el cliente no tiene por qué pagar. Cobro por trabajo realizado. Usted expone el tipo de encargo, yo estudio sus características y le doy un precio.

—¿Y sus honorarios rondan en torno a...? —volvió a preguntar el abogado con vivo interés.

—Le repito que depende de la complejidad del trabajo. Es imposible decírselo con precisión hasta no saber de qué se trata pero para un trabajo más o menos estándar, por ejemplo, el cobro de una deuda, el precio suele rondar entre los novecientos y los mil doscientos euros. Le cuento esto para hacerle entender que mis servicios suelen requerirse si la cantidad adeudada es grande o si el trabajo a realizar resarce de una u otra manera al que lo solicita. Si el importe que debo recuperar es menor que mis honorarios, no le compensará el contratarlos. Aun así, le repito que no puedo darle un precio hasta que no sepa de qué se trata pero podríamos decir que en torno a los mil doscientos euros sería la tarifa habitual de un trabajo sin especiales complicaciones.

El abogado sonrió de nuevo.

—¿Qué diría si le adelanto que mi cliente estaría dispuesto a pagarle veinticinco veces la cifra que usted acaba de mencionar?

Cortés levantó la vista de su plato y miró fijamente al Araujo con sus pequeños y glaciales ojos grises como si lo estuviese contemplando por primera vez.

—Le diría que por cinco millones de pesetas estoy dispuesto a escuchar su propuesta y estudiarla con mucho interés pero de momento, poco más. No al menos hasta que

sepa de qué se trata.

Araujo sonrió satisfecho.

—Me gusta su estilo, Cortés. Es claro y directo. Eso facilita bastante las cosas.

Cortés no respondió.

—El trabajo que deseamos encargarle no entraña en principio excesivas dificultades —continuó el abogado—. Queremos que localice a un hombre aquí en Madrid y recupere para nosotros, por los métodos que usted estime más oportunos, algo que él tiene y que nos pertenece.

—¿No pretenderán que me dedique a buscar a ciegas a un hombre por todo Madrid?

—Evidentemente no. En el caso de que usted decidiese aceptar nuestra propuesta, le daríamos toda la información de la que disponemos aunque le adelanto que tampoco es demasiada. Esta reunión es simplemente una toma de contacto.

—¿Y sólo se trataría de eso? ¿Localizar a alguien y hacer que devuelva algo que no es suyo? —preguntó Cortés con aire suspicaz—. Una oferta de cinco millones me parece mucho dinero por ese trabajo.

Araujo sonrió con ese aire felino que le caracterizaba.

—Básicamente, ese es el trabajo para el que queremos contratarle pero quizá la tarea pueda no resultar tan sencilla como aparenta en principio. Nadie regala nada en esta vida, Cortés.

—Explíquese.

Araujo tomó aire y comenzó su exposición.

—Hace dos noches, una mujer llamada Sara Bianchi fue cosida a puñaladas cuando se dirigía de vuelta a su domicilio.

Cortés volvió a fijar su penetrante mirada en Araujo. Su rostro no traslucía ninguna emoción pero sus acerados ojos grises trataban de calibrar la información que Araujo acababa de proporcionarle. En ese instante llegó el camarero y dispuso sobre la mesa una apetitosa fuente de gambas a la plancha que formaba parte del menú de degustación. Una vez se hubo retirado, Araujo continuó con su disertación.

—Esa mujer trabajaba para mi representado y en el momento de su muerte llevaba encima un portafolios que contenía un documento de suma importancia. Creemos que el portafolios le fue sustraído por la persona que la mató y necesitamos recuperar ese documento a toda costa. Es decir, queremos que usted lo recupere para nosotros.

—En resumen —concluyó Cortés—, me están ustedes pidiendo que localice a un asesino y le quite...

—Recupere... —corrigió Araujo.

—... Y recupere —continuó Cortés— un documento que obra en su poder y que ustedes aseguran que les pertenece. Y todo ello, sin preguntas, supongo.

—A grandes rasgos, eso es lo que queremos, señor Cortés.

Tras observarle en silencio durante unos segundos, Cortés depositó su servilleta sobre la mesa e hizo ademán de levantarse. Aquella propuesta era disparatada y en absoluto se ajustaba al tipo de trabajos que solía realizar de forma habitual. No se trataba de albergar recelos ni pueriles escrúpulos si no de que Cortés era plenamente consciente de sus limitaciones y de que aquel negocio le quedaba demasiado grande. Una cosa era darle dos bofetadas a un moroso y otra muy diferente lidiar con asesinos. Demasiado arroz para tan poco pollo.

—Lo siento, Araujo. Me temo que se han equivocado ustedes de persona.

El abogado lo cogió por el antebrazo cuando Cortés ya se había incorporado de su asiento, dispuesto a marcharse.

—Siéntese, Cortés...